

BIENAVENTURADOS LOS POBRES

Introducción. Comenzamos estas escuelillas secuenciadas con la primera de las *bienaventuranzas*, la que enmarca las claves hermenéuticas de todo lo que dirá Jesús a continuación. Felices los que se descubren perfectamente imperfectos, los que conviven con el límite propio y con el de los demás. Felices los que construyen su vida en la experiencia real de pobreza, y no fantasean con situaciones ideales y paraísos artificiales:

“Bienaventurados y dichosos los pobres de corazón, porque el reinado de Dios les pertenece.” Mt 5, 3.

Lo primero que anuncia esta oferta de dicha es el reconocimiento de una vida que lo recibe todo de Otro. Cuando definimos algo como humano, estamos diciendo que viene de «humus», del polvo de la tierra. Adán, el primer hombre, viene de «adamá», que significa barro. Proviene del hebreo אָדָם ('Ādām), y significa "hombre", "rojizo", "sangre", o bien "hecho de tierra"; hombre de la tierra. De tierra roja. Recordar nuestro origen como barro, nos introduce en la experiencia de humildad. Es reconocer a Dios como el Alfarero, el que nos modela, el que nos crea, por amor «a su imagen y semejanza». Es reconocernos dependientes y necesitados de aquel que nos cuida y nos va dando lo que necesitamos de forma providente. Seguros de que ese barro que nos constituye, es portador de un tesoro que somos cada uno de nosotros. Y que a lo largo de nuestra vida tenemos que descubrir.

“Ese tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que su fuerza superior procede de Dios y no de nosotros.” 2ª Cor 4,7.

Esa es la experiencia de Jesús. *Las bienaventuranzas* no son un manual teórico de pautas de comportamientos. Son un compartir existencial y autobiográfico al que Jesús nos quiere y nos invita a introducirnos. No es algo que tengo que «hacer», cómo mérito, como conquista, cómo condición para ser digno de su amor. Es un reconocimiento del «ser». Felices, no los que se hacen pobres, sino los que reconocen que ya lo son. No son un mapa, o un plano, para llegar a un destino. No son un manual de instrucciones, o cómo las indicaciones que nos da Ikea para montar un mueble. Es la invitación que nos hace Jesús, una llamada personal a recorrer con Él un camino en lo concreto de nuestras vidas.

“Venid a mí, todos los que andáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy tolerante y humilde de corazón, y os sentiréis aliviados. Porque mi yugo es blando y mi carga es ligera.” Mt 11,28-30.

Venid conmigo y os enseñaré las maravillas que se experimentan cuando te vives como pobre. No vivir en la exigencia permanente, sino en la sorpresa agradecida de todo lo que se nos da. *Las bienaventuranzas* son el clima propio que Jesús nos ofrece a todos los que de corazón queremos seguirle. Es la declaración de que todos somos aptos, válidos y compartimos la misma dignidad para poder entrar en la experiencia del Reino de Dios. No es la dicha y la plenitud de unos pocos, de la élite, de selecto grupo VIP.

Lo que Dios nos dice. ¿Quién te declara superior? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? 1ª Cor 4,7.

Intentar responder a esta pregunta es un ejercicio de agradecimiento consciente de todo el amor y el regalo que hay en lo que nos rodea. Desde el sol y la lluvia de cada día, el alimento, el oxígeno, las personas, las muestras de afecto, las palabras que nos dicen, el amor de las miradas, las compañías que nos reconfortan. El acceso a los sonidos, la música, los olores, los sabores, los paisajes. Se hace interminable la lista y de motivos para el agradecimiento. Para un pobre de espíritu todo es ocasión para el asombro. Lo opuesto es el rico, el arrogante, el soberbio, para el que todo le parece poco. Nada le basta, nada le sorprende. Siempre ambicionando más, acumulando más, coleccionando más, insaciable y acumulador. Todo lo consigue a golpe de talonario, todo lo merece porque todo lo logra con su esfuerzo. Yo me lo he ganado.

“Entonces Job se levantó, se rasgó el manto, se rapó la cabeza, se echó por tierra y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó: ¡Bendito sea el Nombre del Señor! A pesar de todo, Job no pecó ni acusó a Dios de desatino.” Job 1,20-22.

La desnudez de la que habla Job es el estado natural en el que venimos al mundo todos los seres. Venimos sin nada. Nos vamos sin nada, lo que único que nos llevamos es el amor que somos capaces de dar, de compartir de acoger.

Cómo podemos vivirlo. En un tiempo de consumismo, de compras convulsivas, de pedidos constantes por Amazon, Alí Express, de excesos, de acumulación, Jesús nos invita a descubrir la profunda libertad que nace de la pobreza, de la austeridad, del consumo responsable y sostenible. Pobreza no es miseria ni carestía. Pobreza es el reconocimiento de que todo lo que necesito para vivir me viene dado de la mano de Aquel que me ha llamado a la vida. Si hay miseria en nuestro mundo es porque hay alguien que acumula mucho más de lo que necesita, y se lo están negando a aquel que más lo necesita. Felices los que se dan cuenta de eso e inauguran la dicha del compartir.